



Universidad Nacional de Rosario.
Facultad de Psicología.

Trabajo Integrador Final.

Modalidad: Investigación Bibliográfica.

“Subjetividad, Adolescencia y Vulnerabilidad”

Autora: Julieta Trinidad Nicosia.

Legajo: N-5032/6

Docente responsable: Alicia Bertaccini.

-2018-

Índice:

Resumen	2
Introducción	3
Adolescencia como construcción histórico social.....	4
Adolescencia como momento de constitución psíquica	5
Subjetividad de época y vulnerabilidad social	8
Violencia y vulnerabilidad social	12
Proyecto de vida e identificadorio en el contexto social actual.....	13
Proyecto identificadorio en contexto de vulnerabilidad social:	14
Reflexiones Finales	16
Referencias bibliográficas	18

Resumen:

La presente investigación bibliográfica busca pensar la constitución de la subjetividad en la adolescencia en contextos de marginalidad social, indagando los efectos que estas condiciones de existencia tienen en un momento clave de la constitución subjetiva.

Pensamos la subjetividad como producto histórico, no sólo porque es el resultado de un proceso singular que tiene sus tiempos de constitución, sino también porque es el efecto de variables histórico-culturales que imprimen mutaciones en la misma.

A lo largo de la historia y de las diversas culturas, la adolescencia no es una figura que se recorte como natural y omnipresente. No se trata de un universal ni de una esencia estática e inmutable sino que es una construcción histórico social, efecto de prácticas sociales ubicables en el tiempo y las culturas, que han producido la representación que hoy nos figuramos como natural, prácticas sociales que proveen de sentido, significaciones, identificaciones y distintos ideales a seguir a los sujetos modelando su subjetividad.

La vulnerabilidad psicosocial en que la realidad actual nos muestra que transcurre la existencia de muchos jóvenes, imposibilitan la construcción de un proyecto emancipador, un proyecto de vida, ya que la dimensión de futuro, imprescindible como soporte de los mismos es difícil de vislumbrar. Sin una perspectiva de futuro que oriente, proyectado en algún ideal del Yo, la vida de muchos jóvenes aparece ligadas a las ofertas del mundo delictivo, que los lleva a un destino funesto.

Palabras claves: Subjetividad, Adolescencia y Vulnerabilidad.

Introducción:

El presente trabajo se propone indagar la constitución subjetiva en adolescentes que atraviesan situaciones de vulnerabilidad social. Adolescentes que viven en situación de calle, o que viven en situaciones precarias en cuanto a alojamiento físico o subjetivo, sin la posibilidad de integrarse a la escuela, o realizar un trabajo, muchas veces filiadas a organizaciones delictivas de modo diverso. Estas condiciones existenciales dan cuenta de múltiples carencias de aquello que se define como imprescindible para un desarrollo saludable que habilite a una inserción social constructiva. Esta realidad social plantea múltiples interrogantes relacionados a cuáles son las consecuencias en la subjetividad de los sujetos que padecen estos déficits ¿Cómo se constituye la subjetividad en estas condiciones existenciales?

Para indagar esta problemática se recurrirá a los textos de autores que conceptualizan la subjetividad y el psiquismo desde el psicoanálisis articulando con otras miradas disciplinarias desde una perspectiva histórica crítica (sociología, filosofía, antropología, etc.).

Las categorías de análisis que serán utilizadas necesarias para abordar la problemática son: subjetividad, adolescencia como construcción social, adolescencia como momento constitutivo de la subjetividad, época actual, subjetividad en la época actual, impacto de la sociedad de mercado en la constitución psíquica de los adolescentes, sociedad de mercado y constitución psíquica en contextos de vulnerabilidad social.

Adolescencia como construcción histórico social:

Lo que actualmente se conoce como adolescencia es una representación social muy singular que empieza a surgir en la modernidad, resultado de prácticas sociales específicas, instituciones que las ejercieron y discursos disciplinares que no dejaron de producirse. El desarrollo biológico humano a partir de la maduración sexual biológica, ha sido significado de diverso modo en la historia y en las culturas, y otorgado lugares sociales diversos a los individuos que transitan este momento evolutivo biológico. En la sociedad occidental, a partir de la modernidad, la adolescencia fue una figura que empezó a surgir en marco de las instituciones que el Estado moderno dio lugar. La medicina y la pedagogía desplegaron una serie de discursos que fueron de peso en la educación de los sujetos a través de las familias y las instituciones educativas.

El lugar social de la familia y su conformación, se reconfiguran en la Modernidad, al tiempo que se implementa un dispositivo pedagógico que se constituirá en el lugar de normalización de la infancia y la adolescencia, con claras diferenciaciones según clase social y género. Un ejemplo emblemático del nuevo modelo subjetivo que se promueve, se puede apreciar en la obra de Rousseau en especial en su "Emilio", donde describe al joven ideal y da las pautas de su educación.

Ariés (1973) compara las características de las familias medievales con las familias modernas y su asociación con la escuela. Sostiene:

El hecho esencial es el siguiente: la civilización medieval no tenía idea de la educación. Nuestra sociedad depende hoy día (y lo sabe) del éxito de su sistema educativo. Tiene un sistema de educación, una concepción de la educación, una conciencia de su importancia [...] Nuestra sociedad está obsesionada con los problemas físicos, morales y sexuales de la infancia. Esta preocupación no la conocía la civilización medieval porque para ella no había ningún problema: el niño, desde su destete, o un poco más tarde, pasaba a ser el compañero natural del adulto. Las clases de edad del neolítico, o la paideia helenista, suponían una diferencia y un paso del mundo de los niños al de los adultos, transición que se efectuaba gracias a la iniciación o a una educación. La civilización medieval no percibía esta diferencia y carecía, pues, de esta noción de paso [...] La familia deja de ser únicamente una institución de derecho privado para la transmisión de los bienes y el apellido, y asume una función moral y espiritual; será quien forme los cuerpos y las almas [...] El interés por los niños inspira nuevos sentimientos, un nuevo afecto que la iconografía del siglo XVII ha expresado con insistencia y acierto: el sentimiento moderno de la familia. Los padres ya no se contentan con engendrar hijos, con situar sólo a algunos de ellos, desinteresándose de los otros. La moral de la época les exige dar a todos sus hijos, y no sólo al mayor, e incluso a finales del siglo XVII a las hijas, una formación para la vida. Por supuesto, la escuela es la encargada de esta preparación. Se sustituye el aprendizaje tradicional por la escuela (p. 106-107).

Estas investigaciones históricas dan cuenta que, lejos de ser un hecho natural del desarrollo humano, hace pocos siglos que la sociedad occidental le ha dado un lugar especial a los niños y adolescentes, ligado a la nueva organización social emergente en la Modernidad.

Sternbach (2006), piensa a la adolescencia indagando los códigos en los cuales se instituye, que son propios de cada época, de cada generación, de cada subcultura, entramados siempre en la historia singular. Expone:

Por lo pronto, la adolescencia no constituye un universal, sino que resulta definida como tal, es decir, categorizada, descripta, problematizada según los discursos de época. Incluso aquellos sujetos que hoy coincidimos en llamar adolescentes no serían considerados como tales en otros tiempos y lugares. Y dado que la cultura produce

configuraciones subjetivas mayoritariamente congruentes con sus propuestas identificatorias, sus ideales, sus prohibiciones, y sus imposibles identificatorios, también los adolescentes personifican, aún sin saberlo, el dicho cultural acerca de quiénes son o cómo deben jugar su canon etario (p. 51).

Giovanni y Schmitt-Jean (1996) proponen el concepto de juventud como una construcción social y cultural, distinguiéndose por su característica liminal, ya que se sitúa entre los márgenes movedizos de la dependencia infantil y la autonomía de los adultos. Estos autores exponen:

La juventud depende de unas determinaciones culturales que difieren según las sociedades humanas y las épocas, imponiendo cada una de ellas a su modo un orden y un sentido a lo que parece transitorio, y hasta desordenado y caótico [...] Lo que retendrá nuestra atención es la característica marginal o liminal de la juventud, y la percepción que es algo que nunca logra una definición concreta y estable. Porque en ello residen tanto la carga de significaciones simbólicas, de promesas y de amenazas, de potencialidades y de fragilidades que la juventud entraña, como por ende la atención ambigua, construida a la vez de esperanzas y de sospechas, que a cambio le dedican las sociedades. En esas miradas cruzadas donde se mezclan la atracción y el espanto, es donde las sociedades "construyen" siempre la juventud, como hecho social inestable, y no solo como un hecho biográfico o jurídico petrificado; y mejor aún, como una realidad cultural –preñada de una multitud de valores y usos simbólicos-, y no sólo como un hecho social inmediatamente observable (p. 8) (Las comillas son de los autores).

La adolescencia forma parte de una construcción social, no se trata de un universal ni de una esencia estática e inmutable sino que varía de acuerdo a épocas y culturas produciendo en los sujetos identificaciones y distintos ideales a seguir. La infancia y por lo tanto la adolescencia son instituciones históricas y culturales, productos sociales y no un hecho natural del desarrollo humano. Su característica *liminal*, al decir de los autores, propone cierta inestabilidad en el concepto, ya que la transición de lo infantil a lo juvenil se encuentra marcada por distintas significaciones cruzadas haciendo del hecho social algo inestable y una realidad cultural en permanente cambio.

Las sociedades en distintos momentos históricos han colocado diversos rótulos e ideales a ese "momento de paso", a ese pasaje hacia la adultez, asociado a la clase de subjetividad que la misma sociedad necesitaba producir para su reproducción. Se puede apreciar este fenómeno en la instauración de la educación formal como un ideal universal, obligatorio e homogeneizador que instituyó la Modernidad en las infancias y juventudes, con sus respectivas instituciones, a su vez vislumbrando qué clase de sujeto adulto era necesario conformar para su funcionalidad en dicho contexto histórico-social. De esta forma, puede verse la relevancia que comenzó a tener la juventud y adolescencia como destinataria de esas prácticas sociales, como una nominación de una cierta franja etaria diferenciada, distinguida.

Adolescencia como momento de constitución psíquica:

La adolescencia como objeto de estudio de la medicina, la pedagogía y la psicología ha producido una gran cantidad de teorías en las que de diverso modo se explican las características del ser humano a partir de la pubertad, donde lo biológico y lo social se articulan según los supuestos epistemológicos que se sostienen.

Desde el punto de vista del Psicoanálisis, la adolescencia es un momento de relevancia en la constitución de la subjetividad. Freud (2011) en *Tres ensayos de teoría sexual* otorga a la

pubertad un papel decisivo en el desarrollo de la sexualidad en la cual se resignifican y reorganizan las pulsiones infantiles. Expone:

Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual. Hasta ese momento actuaba partiendo de pulsiones y zonas erógenas singulares que, independientemente unas de otras buscaban un cierto placer en calidad de única meta sexual. Ahora es dada una nueva meta sexual, para alcanzarla todas las pulsiones parciales cooperan, al par que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital (p. 189).

Desde el psicoanálisis, las diferentes corrientes teóricas, consideran que la pubertad tiene un papel decisivo en el desarrollo de la sexualidad en el cual se resignifican las pulsiones infantiles. Esta etapa de la vida se caracteriza por grandes cambios físicos como psíquicos en la que se consolida la subjetividad, por lo cual deben producirse trabajos psíquicos que son indispensables para la construcción de la misma. Estos trabajos psíquicos están ligados a las resignificaciones de la sexualidad y los ideales de la propia infancia.

Aberastury, pionera del psicoanálisis argentino en niñez y adolescencia, define a la adolescencia como la etapa de la vida en la cual el individuo busca establecer su identidad adulta, apoyándose en las primeras relaciones objetales-parentales internalizadas, buscando nuevos soportes identificatorios en el medio social. Para realizar este pasaje debe enfrentar tres duelos básicos, y un cuarto duelo por la bisexualidad infantil. Estos son: a) el duelo por el cuerpo infantil, b) el duelo por el rol y la identidad infantil, y c) el duelo por los padres de la infancia (Aberastury y Knobel, 1984).

Bleichmar (2002), psicoanalista argentina contemporánea ya fallecida, alude a la adolescencia como un tiempo abierto a la resignificación y a la producción de dos tipos de procesos de recomposición psíquica, los que determinan los modos de concreción de la sexualidad, y los que remiten a la reformulación de los ideales infantiles. Considera que en el pasaje del Yo Ideal al Ideal del Yo se llevan a cabo procesos de identificación posibilitándole al sujeto la constitución de un ideal en el cual sustentarse, abriendo camino a un futuro.

Dolto (1990), referente del psicoanálisis lacaniano, considera que esta fase de mutación adolescente deviene en un momento de extrema fragilidad, por lo cual los adolescentes pasan por ciclos depresivos o de negativismo. Expone:

En el curso de esta mutación, reproduce la fragilidad del bebé que nace, sumamente sensible a lo que recibe como mirada y oye como palabras que le concierne. Un bebé cuya familia lamenta que sea como es, que se parezca a aquel otro, que tenga una nariz así y asá, y llega hasta lamentar el sexo que tiene o el color de su cabello, corre el riesgo de quedar marcado para toda la vida (p. 12-13).

Winnicott (1993), referente del psicoanálisis inglés, discípulo crítico de Klein, sostiene que en la época de crecimiento de la adolescencia, los jóvenes salen de la infancia alejándose de la dependencia para encaminarse hacia su condición de adultos. "El crecimiento no es una simple tendencia heredada, sino además un entrelazamiento de suma complejidad con el ambiente facilitador [...] Es preciso que existan pequeñas unidades que contengan el proceso de crecimiento adolescente (p. 186)". El autor considera como un tema fundamental la inmadurez del adolescente, desarrolla:

La inmadurez es un elemento esencial de la salud en la adolescencia. No hay más que una cura para ella, y es *el paso del tiempo* y la maduración que este puede traer [...] El cambio sexual no es el único. También hay un cambio en dirección del crecimiento físico y de la adquisición de las verdaderas fuerzas; aparece, pues, un verdadero peligro, que otorga a la violencia un nuevo significado. Junto con la fuerza llegan también la astucia

y los conocimientos para usarla. Sólo con el paso del tiempo y de la experiencia puede un joven aceptar poco a poco la responsabilidad por todo lo que ocurre en el mundo de la fantasía personal (p. 189).

Para dicho autor el sentimiento de culpa inconsciente en el adolescente es muy intenso y hacen falta muchos años para que en el niño pueda desarrollarse la capacidad de descubrir en su persona el equilibrio de lo bueno, lo malo, el odio, y la destrucción que acompaña al amor. En este sentido, la madurez corresponde a un período posterior de la vida.

Rodolfo (1992), también argentino, referente actual en psicoanálisis de niños y adolescentes, sostiene que la adolescencia no se constituye a partir de parámetros cronológicos que demarcan una edad, sino como resultados de procesos psíquicos que deben producirse. Dicho autor menciona diferentes trabajos que todo adolescente debe realizar para transitar esta etapa. Expresa:

Por otra parte, el concepto de trabajo no es en absoluto analógico; es un concepto nuclear en psicoanálisis, hay una tradición -digamos- psicoanalítica en ese punto. Podemos recordar el *trabajo* del sueño, el *trabajo* del duelo... Toda la cuestión puberal puede pensarse en la perspectiva de "exigencia de trabajo", como Freud dice de lo pulsional, para el psiquismo. Por otra parte, el concepto de trabajo también podemos articularlo a lo que F:Dolto piensa como castraciones; como distintas castraciones necesarias a la estructuración subjetiva, castraciones simbólicas. Castraciones que son trabajos, porque se abre allí una perspectiva interesante, que no es tomar la castración como algo pasivamente sufrido por el sujeto, algo que le pasa, sino como un trabajo del cual él es el agente principal; que lo haga por medio de ciertas funciones -como la paterna, por ejemplo, o la que fuere- no quita que él es agente allí de su propia castración simbólica... En este sentido, todo un trabajo (p. 154) (Las comillas son del autor).

Uno de estos trabajos es el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, en donde el adolescente se despega de su núcleo vincular primario para volcarse al campo social, "Cabe más bien hablar de una metamorfosis, de una transformación interna de cada uno de estos polos (familiar y extrafamiliar) (p. 156) ". Cuando esto no ocurre, cuando lo familiar sigue siendo lo más importante, hay algo en lo extrafamiliar que no se estaría produciendo, expone:

Yo diría que el requisito de que cobre un peso decisivo lo extrafamiliar, que el adolescente se vuelque al campo social, que el entero espacio social funcione como espacio transicional para él, es un avatar del final del Complejo de Edipo: no hay verdadero final del Complejo de Edipo si esto no se produce (p. 157).

Otro trabajo al que alude Rodolfo es el pasaje del Yo Ideal al Ideal del Yo. Este último está ligado a un horizonte con mirada prospectiva hacia lo que este sujeto desea ser, a sus aspiraciones y metas futuras. Desarrolla:

Tiene que ver con todo lo que se ha hablado de duelos, de matar al niño ideal, de duelos por la infancia; está ligado a una predominancia del ideal en tanto horizonte abierto de lo que va a ser -o de lo que será sin saberlo nunca del todo-, contrapuesto a la dimensión del Yo Ideal, como la de lo que ya está ahí consolidando como una cierta estatutaria (p. 159).

En suma, la adolescencia, etapa de la vida ligada hacia el camino de la independencia, es fundamental en la constitución psíquica de los sujetos. Esta etapa como fase de *mutación* deviene en un momento de extrema fragilidad en el cual se reproduce la debilidad del infante. El sujeto establece su identidad adulta, apoyándose en las primeras relaciones objetales-

parentales internalizadas. La adolescencia puede entenderse como un momento de *inmadurez*, debido no sólo a los cambios físicos, sino también a los cambios psíquicos que deben producirse. Dicha etapa no depende de parámetros cronológicos, sino más bien como resultados de procesos psíquicos. El pasaje del Yo Ideal al Ideal del Yo, como momento fundamental en la adolescencia, posibilita al sujeto la construcción de un ideal a seguir, abriendo camino a un futuro posible.

Subjetividad de época y vulnerabilidad social:

Rascovan (2013) relaciona el concepto de subjetividad con las significaciones y valores de una determinada cultura, la forma de apropiación de éstas y los efectos que ello produce. Alude a la subjetividad como forma de producción histórica de significaciones imaginarias, que instauran modos de ser y estar en el mundo. Por esto, el autor afirma que no existe sujeto sin sociedad, ni sociedad sin sujeto. Los procesos que son transitados a lo largo de la vida van mutando de acuerdo con las épocas, produciendo diferentes formas de subjetividad. Siguiendo con estas ideas, Castoriadis (1988) sostiene:

El hombre sólo existe en la sociedad y por la sociedad [...] La sociedad es siempre histórica. La sociedad como tal es una forma, y cada sociedad dada es una forma particular y singular [...] Lo que mantiene a la sociedad unida es, evidentemente su institución, el complejo total de sus instituciones particulares, lo que yo llamo la institución de la sociedad como un todo. Aquí la palabra institución está empleada en su sentido más amplio y radical pues significa normas, valores, lenguaje, herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y, desde luego, el individuo mismo, tanto en general como en el tipo y la forma particulares que le da la sociedad considerada (p. 67-68).

Dicho autor propone el concepto de significaciones imaginarias sociales. Sostiene que la unidad de la institución total de la sociedad es la urdimbre compleja de significaciones que orientan y dirigen la vida de la sociedad. Expone:

Esa urdimbre es lo que yo llamo el magma de las significaciones imaginarias sociales que cobran cuerpo en la institución de la sociedad considerada y que, por así decirlo la animan [...] Llamo imaginarias a estas significaciones porque no corresponden a elementos racionales o reales y no quedan agotadas por referencias a dichos elementos, sino que están dadas por creación, y las llamo sociales porque sólo existen estando instituidas y siendo objeto de participación de un ente colectivo impersonal y anónimo (p. 68).

En el mismo sentido, Bleichmar (2002) sostiene que “La subjetividad está atravesada por los modos históricos de representación con los cuales cada sociedad determina aquello que considera necesario para la conformación de sujetos aptos para desplegarse en su interior” (p. 92). Esta autora diferencia los conceptos de psiquismo y subjetividad, restringiendo esta última a aquello que remite al sujeto, a la posición del sujeto, y relaciona el psiquismo con el inconciente. Piensa que la subjetividad no puede remitirse al funcionamiento psíquico en su conjunto, ya que “no podría dar cuenta de las formas en las cuales el sujeto se constituye ni de sus constelaciones inconcientes” (p. 93), para lo cual deben darse determinadas operaciones psíquicas. Desarrolla:

A la pregunta ¿qué quiere decir producción de subjetividad?, es decir, de qué manera se constituye la singularidad humana en el entrecruzamiento de universales necesarios

y relaciones particulares que no sólo la transforman y la modifican sino que la instauran, debemos articular una respuesta que tenga en cuenta los universales que hacen a la constitución psíquica así como los modos históricos que generan las condiciones del sujeto social (p. 95).

Es decir que por un lado, el ser humano cambia históricamente, la representación sobre sí y sobre la realidad y por otro, sostiene que con ciertas variaciones, las reglas del funcionamiento psíquico se mantienen: la represión, las tópicas psíquicas, etc. para los cuales deben garantizarse las constelaciones organizadoras.

Entonces la singularidad humana se constituye en el entrecruzamiento de universales necesarios y relaciones particulares que no solo la transforman y la modifican sino que la instauran, universales que hacen a la constitución psíquica y modos históricos que generan las condiciones del sujeto social (Bleichmar, p. 83).

Desde esta perspectiva, que sostiene la subjetividad como construcción histórica-cultural, resulta necesario indagar que subjetividad produce la sociedad actual, problemática abordada por muchos autores, de los que tomaremos algunos relevantes para nuestro objetivo.

Sibilia (2005) para referirse a la sociedad actual trabaja el concepto propuesto por Deleuze *sociedades de control*. Expone:

Deleuze retomó las herramientas teóricas legadas por Foucault para extender su análisis del poder a nuestra sociedad informatizada, tras detectar una grave crisis de las instituciones de encierro (escuelas, fábricas, hospitales, prisiones, etc.) y la aparición de nuevos mecanismos de dominación [...] Deleuze creó el concepto de sociedades de control para designar el nuevo tipo de formación social que entonces apenas empezaba a asomar [...] A medida que pierde fuerza la vieja lógica mecánica (cerrada y geométrica, progresiva y analógica) de las sociedades disciplinarias, emergen nuevas modalidades digitales (abiertas y fluidas, continuas y flexibles) que se dispersan aceleradamente por toda la sociedad. La lógica de funcionamiento vinculada a los nuevos dispositivos es total y constante, opera con velocidad y en corto plazo (p. 26-27).

Para esta autora están emergiendo nuevos modos de subjetivación diferentes de aquellos que produjeron los sujetos disciplinados descritos por Foucault. Sostiene:

El nuevo capitalismo se erige sobre el inmerso poder de procesamiento digital y metaboliza las fuerzas vitales con una voracidad inaudita, lanzando y relanzando constantemente al mercado nuevas subjetividades. Los modos de ser constituyen mercaderías muy especiales, que son adquiridas y de inmediato descartadas por diversos targets a los cuales se dirigen, alimentando un espiral de consumo en aceleración constante. Así, la ilusión de una identidad fija y estable tan relevante en la sociedad moderna e industrial, va cediendo terreno a los "kits de perfiles estandarizados" o "identidades pret-a-porter", según las denominaciones de Suely Rolnik. Se trata de modelos subjetivos efímeros y descartables vinculados a las caprichosas propuestas y a los volátiles intereses del mercado (p. 33) (Las comillas son de la autora).

Bauman (2004) utiliza las definiciones de lo *líquido* y lo *sólido* como metáforas adecuadas para aprender la naturaleza de la fase actual de la historia de la modernidad. Expone:

En lenguaje simple, todas estas características de los fluidos implican que los líquidos, a diferencia de los sólidos, no conservan fácilmente su forma. Los fluidos, por así decirlo, no se fijan al espacio ni se atan al tiempo. En tanto los sólidos tienen una clara dimensión espacial pero neutralizan el impacto -y disminuyen la significación- del tiempo (resisten efectivamente su flujo o lo vuelven irrelevante), los fluidos no conservan una

forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos (y proclives) a cambiarla; por consiguiente, para ellos lo que cuenta es el flujo del tiempo más que el espacio que puedan ocupar: ese espacio que, después de todo, sólo llenan "por un momento". En cierto sentido los sólidos cancelan el tiempo; para los líquidos, por el contrario, lo que importa es el tiempo. En la descripción de los sólidos, es posible ignorar completamente el tiempo; en la descripción de los fluidos, se cometería un error grave si el tiempo se dejara de lado (p. 8) (Las comillas son del autor).

Dicho autor utiliza el término *derretir los sólidos*, haciendo alusión a la disolución de aquello que persiste en el tiempo y que es indiferente a su paso, "Los primeros sólidos que debían disolverse y las primeras pautas sagradas que debían profanarse eran las lealtades tradicionales, los derechos y obligaciones acostumbrados que ataban de pies y manos, obstaculizaban los movimientos y constreñían la iniciativa" (p. 9). Expone:

Los sólidos que han sido sometidos a la disolución, y que se están derritiendo en este momento, el momento de la modernidad fluida, son los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivas -las estructuras de comunicación y coordinación entre las políticas de vida individuales y las acciones políticas colectivas- [...] Lo que se está produciendo hoy es, por así decirlo, una redistribución y una reasignación de los "poderes de disolución" de la modernidad [...] Por cierto, todos los moldes que se rompieron fueron reemplazados por otros; la gente fue liberada de sus viejas celdas sólo para ser censurada y reprendida si no lograba situarse -por medio de un esfuerzo dedicado, continuo y de por vida- en los nichos confeccionados por el nuevo orden: en las clases, (los marcos que tan inflexiblemente como los ya disueltos estamentos) encuadraban la totalidad de las condiciones y perspectivas vitales, y condicionaban el alcance de los proyectos y estrategias de vida. Los individuos debían dedicarse a la tarea de usar su nueva libertad para encontrar el nicho apropiado y establecerse en él, siguiendo fielmente las reglas y modalidades de conductas correctas y adecuadas a esa ubicación (p. 11-13).

Sin embargo, para el autor, estas conductas que uno podía elegir como orientación posible escasean cada vez más en la actualidad. "En la actualidad, las pautas y configuraciones ya no están "determinadas", y no resultan "autoevidentes" de ningún modo; hay demasiadas, chocan entre sí y sus mandatos se contradicen " (p. 13) (Las comillas son del autor).

Fattore (2007) entiende a la modernidad como una ruptura con el pasado, una ruptura estética, moral, epistemológica y política, una ruptura que estimula la autoconciencia del presente. Expresa que:

Si la sociedad moderna pretendía desmontar el abrigo simbólico de la tradición premoderna para así instalar sus nuevas formas simbólicas, la sociedad actual -a la que algunos sociólogos denominan "de riesgo"- nos habla del desencantamiento de ese proceso, "una modernización que antropologiza, cuestiona, problematiza las representaciones colectivas de la modernidad operando para ello desde el referente moderno de la reflexividad del sujeto, esto es, su capacidad de juicio frente a sucesos de la vida cotidiana" (Gaviria, 2006). Lo primero que podemos decir, entonces es que en un orden post tradicional la *reflexividad* universalizada se transforma en el principio regulador de la acción [...] Estas crisis de las "ficciones de seguridad" genera una apertura de oportunidades y compulsiones para la acción, donde los individuos deben producir, representar y combinar por sí mismos sus propias biografías [...] "Individualización" de la acción indica, entonces, la desintegración de las certezas de la sociedad industrial y la compulsión a encontrar y buscar nuevas certezas para uno mismo y para quienes carecen de ellas. Los procesos de individualización presuponen al decir de Beck- al mismo tiempo *actor, diseñador, malabarista y director de escena de su propia biografía, identidad, redes sociales y convicciones*. Requisitos que no ofrecen

ningún tipo de orden, pero piden amablemente al individuo que se constituya a sí mismo (Las comillas son de la autora) (p. 22- 23).

Dicha autora sostiene que esta *Individualización* no significa que exista cierta amplificación de los márgenes de la elección personal, o de cierta emancipación, sino por el contrario se trata de un programa de vida para el cual se carece de los recursos necesarios para hacer efectiva la autoafirmación.

En el modelo neoliberal imperante, la competencia y la expulsión social que el Mercado genera, no ofrece lugares de pertenencia y afiliación, y el Estado no cumple su rol de garantizar los derechos y la inclusión social. La supuesta *libertad individual* en la que cada individuo puede elegir sus opciones vitales, es en realidad un estado de desamparo.

Castel (1991) elabora el concepto de *zona de desafiliación* para referirse a aquellos individuos que se encuentran en condiciones de ausencia de trabajo y aislamiento relacional. Sostiene:

El personaje-tipo de la zona de marginalidad profunda o de desafiliación es el vagabundo. No trabaja, aunque podría trabajar, por lo menos en el sentido de que no está discapacitado. Al mismo tiempo está desvinculado de todo soporte relacional. Es el errante, el extranjero que no puede ser reconocido por nadie y por ello es rechazado en todos lados. En consecuencia caen sobre él medidas represivas crueles, desde el exilia hasta la muerte en casos extremos (p. 40).

Estas son las condiciones sociales en los que muchos jóvenes se encuentran. Jóvenes desvinculados de un grupo familiar, encontrándose en situación de calle, o en situaciones económicas muy vulnerables, con problemas de consumo de sustancias, víctimas de abuso, con problemas judiciales, etc.

Dicho autor así mismo advierte que:

La lógica de los servicios sociales procede generalmente a partir del recorte de poblaciones-blancas haciéndose un esfuerzo para afectarlas de medios específicos que permitan hacerse cargo de ellas, es decir que se moviliza para ellas recursos y especialistas, y se definen instituciones especiales a partir de constatar que cada una plantea un problema específico [...] Ese abordaje tiene sus méritos. Permite el desarrollo de servicios sociales, lo cual sin duda es mejor que el abandono puro y simple de las poblaciones carenciadas. Pero presenta por lo menos dos inconvenientes que hacen dudar de que ésta sea la mejor vía para hacerse cargo de la marginalidad. Primero implica a menudo un carácter estigmatizante [...] Pero además del riesgo de cristalizar las categorías de asistidos en una especie de destino social e institucional definitivo, se observan cada vez más nuevas formas de marginalidad que se ajustan mal a esos sistemas de categorización (p. 38).

Estas múltiples problemáticas a las que se ven enfrentados los jóvenes desafiados, dificulta la posibilidad de categorizar las situaciones que viven, constituyendo nuevas formas de marginalidad. Son a menudo, ya sea simultánea o sucesivamente, un poco delincuentes, un poco toxicómanos, un poco vagabundos, un poco desocupados, un poco trabajadores precarios. Ninguna de esas etiquetas les conviene exactamente, rara vez se instalan permanentemente en uno de esos estados, sino que circulan de uno a otro. Frente a esta inestabilidad, las culturas institucionales y profesionales se encuentran sin recursos: ¿cómo hacerse cargo de ellos?

Violencia y vulnerabilidad social:

Duschatzky y Corea (2002) plantean una alteración fundamental en el suelo de constitución subjetiva de la postmodernidad. En la Modernidad, operaba la promesa del Estado en la constitución del ciudadano. El Estado, al imponer un sustrato normativo que comprende a todos por igual instituye un orden simbólico articulador, generador de lazo social. En la postmodernidad, el Mercado, por el contrario opera por oferta y demanda, lo que produce es un consumidor y genera competencia entre los sujetos, el otro deja de ser un igual para ser un potencial enemigo. Desarrollan:

El mercado se dirige a un sujeto que sólo tiene derechos de consumidor, y no los derechos y obligaciones conferidos al ciudadano. El consumo, entonces, no requiere la ley ni los otros, dado que es en la relación con el objeto y no con sujeto donde se asienta la ilusión de satisfacción. Sabemos que el consumo no es un bien repartido equitativamente; no obstante, lo que importa subrayar es que el mercado instituye, para consumidores y no consumidores, un nuevo ideal del yo, un imaginario que produce, en un nuevo lugar, el horizonte de aspiraciones, el espejo donde mirarse (p. 21).

El consumidor establece una relación con el objeto en el cual se asienta la ilusión de satisfacción. Para poder satisfacer el deseo de consumo necesito no del otro (semejante) sino del objeto. El otro es un potencial enemigo: "Para trabajar necesito que el azar recaiga sobre mí y no sobre otro porque no hay lugar para todos" (p. 21-22). En esta lógica del mercado, el otro como espejo, como límite, y deseo, se opaca. A partir de estos desarrollos las autoras encuentran la violencia como marca que permea la vida de aquellos que habitan en la periferia de la ciudad de Córdoba, viviendo en situaciones de vulnerabilidad social.

Duschatzky y Corea (2002) afirman que: "la violencia es hoy una nueva forma de sociabilidad, un modo de estar con los otros" (p. 23). ¿Puede pensarse en que los jóvenes han incorporado en sus vidas estas modalidades de interacción, siendo naturalizadas?

Esta violencia debe diferenciarse de la agresividad constitutiva. Freud (2014), en su obra *El Malestar en la Cultura*, puntualiza que el ser humano contiene cierta cuota de agresividad en su dotación pulsional. El prójimo puede ser una tentación para satisfacer en él la agresión. La cultura es la que introduce límites a las pulsiones agresivas, a partir de formaciones psíquicas, como las identificaciones, y los vínculos amorosos de meta inhibida. Si la agresividad es un componente necesario en el psiquismo humano, la cultura modela las pulsiones en su acción socializadora, instando a la tramitación por otras vías distintas a la exteriorización violenta, procurando la satisfacción individual mediante la sublimación y otras vías de derivación. Las situaciones de violencia que podemos encontrar en algunos adolescentes, entonces, pueden pensarse como una descarga pulsional directa en donde no habría una posibilidad de tramitar sentimientos hostiles.

Duschatzky y Corea (2002) plantean:

Nuestra hipótesis es que la violencia se presenta como un modo de relación que aparece en condiciones de impotencia instituyente de la escuela y la familia, es decir en una época en que parecen haber perdido potencia enunciativa los discursos de autoridad y el saber de padres y maestros, que tuvieron la capacidad de interpelar, formar y educar en tiempos modernos (p. 23).

Las autoras encuentran una constante en los casos que toman para su análisis, que tanto la figura paterna o materna como el lugar de la escuela se encuentran despojados de autoridad. No existe una autoridad como garante de un contrato social que habilite derechos y deberes, y proteja los vínculos entre semejantes.

Dichas autoras sostienen:

Cuando la ley simbólica no opera-en tanto límite y posibilidad- el semejante no se configura. El semejante no es una construcción espontánea que nace del vínculo entre dos sujetos. El semejante es siempre igual a otro, ante y mediante un tercero. Es la ley la que, a partir de instituir un principio de legalidad basado en la formulación de la igualdad, habilita la construcción de un semejante. De aquí se deriva que, si la ley no opera como principio de interpelación, tampoco opera la percepción de su transgresión (p. 25).

Este fenómeno de la violencia posee una complejidad que se entrama con los vínculos primarios, sus figuras parentales y de autoridad, las relaciones cotidianas y el contexto social, pudiendo analizarse desde distintos abordajes y puntos de vista, como se expuso recientemente.

Proyecto de vida e identificadorio en el contexto social actual:

Freud (2012) sostiene que el ideal del yo intenta recuperar aquello perdido del narcisismo primario, aquello que recae en el yo ideal. Este último se encuentra en posesión de todas aquellas perfecciones valiosas de la infancia. El ideal del yo compara al yo actual con su ideal siendo la conciencia moral una función de éste. En relación con esto último, Castoriadis-Aulagnier (2007) define al proyecto identificadorio como la autoconstrucción continua del Yo por el Yo, que es necesario para que esta instancia se proyecte en un movimiento temporal. La autora enuncia:

El saber del Yo sobre el Yo tiene como condición y como meta asegurar al Yo un saber sobre el Yo futuro y sobre el futuro del Yo. El Yo advenido designa por definición un Yo supuesto capaz de asumir la prueba de la castración. Es por ello que esta imagen de un Yo futuro se caracteriza por la renuncia de los atributos de la certeza. Solo puede representar aquello que el Yo espera advenir: esta esperanza no puede faltar en ningún sujeto, e incluso, debe poder designar su objeto en una imagen identificadoria valorizada por el sujeto y por el conjunto, o por el subconjunto, cuyos modelos él privilegia [...] El Yo se abre a un primer acceso a un futuro debido a que puede proyectar en él el encuentro con un estado y un ser pasado. Sin embargo ello presupone que ha podido reconocer y aceptar una diferencia entre lo que es y lo que querría ser, aceptación que solo será posible si este encuentro con un saber acerca de la diferencia entre dos entes que le conciernen se acompaña con la oferta de un derecho a esperar un futuro que podría concordar con el deseo identificadorio [...] El proyecto es construcción de una imagen ideal que el Yo se propone a sí mismo [...] Esta imagen o este ideal se relaciona sobre todo con lo dicho [...] Lo que el Yo desea llegar a ser se relaciona íntimamente con los objetos que se espera tener, y estos objetos, a su vez, obtienen su brillo a partir del enunciado identificadorio que ellos remiten a quien los posee (p. 168-170).

Dicha autora sostiene que en la fase que precede a la disolución del complejo de Edipo, el ideal dependerá de la idealización de que gozaron los primeros objetos. El Yo quiere llegar a ser aquel que podrá responder al deseo materno. Pero habrá un momento en el que se impondrá un tiempo para comprender, dice: “La prohibición de gozar de la madre se refiere tanto al pasado, como al presente y al futuro” (p.170).

Firpo (2014) sostiene que el ideal del yo es una instancia importante en la adolescencia, implica la idea de proyecto, de posposición, de inscripción temporal. Para que los ideales puedan inscribirse en el aparato psíquico es imprescindible que se haya perdido el ideal de perfección narcisista, el yo ideal, y que el puro presente deje margen a un proyecto futuro. La autora desarrolla:

Uno de los trabajos que el adolescente debe realizar es que el acento se desplace del yo ideal al ideal del yo. Pasaje ligado a una predominancia del ideal del yo en tanto horizonte abierto al “tender a ser”, contrapuesto a la dimensión del yo ideal, como lo que ya está ahí como una cierta estatuaría. Si no hay categoría de ideal del yo, el futuro tampoco existe, de suerte que el sujeto vive en un permanente “hoy”. En este sentido encontramos a muchos adolescentes en un tiempo del “hoy”, del “ya”, en un contexto que a la vez promueve la satisfacción inmediata en detrimento del pensamiento (p. 72) (Las comillas son de la autora).

La constitución de un proyecto identificatorio en la adolescencia es fundamental como parte constitutiva de la identidad y del Yo. El Ideal del Yo que se construye promueve un Ideal a seguir, conformándose a su vez un futuro posible al cual alcanzar. Por esto se estatuye como un proceso totalmente necesario en un adolescente, que como podemos ver es obstaculizado en la sociedad actual. En el contexto de las *sociedades de control* en el cual vivimos, el Mercado promueve la ilusión de satisfacción plena e inmediata de los deseos que el mismo impone. La subjetividad se ve afectada por modelos identificatorios que son tan descartables como los objetos que se ofrecen para la satisfacción, dificultando la conformación de ideales que no sean los del consumo.

Proyecto identificatorio en contexto de vulnerabilidad social:

Fernández y López (2005) afirman que en nuestro país los procesos de vulneración social tuvieron su auge desde la crisis del 2001. Estos procesos se constituyen a partir de estrategias biopolíticas que afectan la subjetividad de los jóvenes. Esto trajo como consecuencia en los sujetos la falta de oportunidad de pensar en un futuro, perdiendo la posibilidad de generar un proyecto emancipador, produciendo a la vez un quiebre en los procesos identificatorios, generando, como dice las autoras “prácticas de vida de un presente sin brújula” (p. 133). Bleichmar (2005) sostiene que en Argentina se fueron produciendo grandes cambios en la subjetividad de las personas como consecuencia de la marginalidad, la vulnerabilidad, y desocupación. Estos cambios subjetivos devienen de lo que denomina *procesos des-subjetivantes*, ya que las condiciones de existencia dejan al psiquismo inerte. Dicha autora sostiene que el yo se ordena alrededor de dos ejes. Por un lado, aquello que tiene que ver con la conservación de la vida y, por otro lado, aquello que tiene que ver con la preservación de la identidad, con el ser del sujeto. En tiempos de estabilidad económica ambos coinciden, pudiendo preservar la existencia sin dejar de ser por ello, quien se es. Pero en momentos de depreciación, y desestabilización económica, los ejes mencionados entran en contradicción, contraponiéndose la supervivencia biológica con la psíquica, obligando a elegir entre sobrevivir dejando de lado la propia identidad, o de preservar esta última a costa de la supervivencia biológica. Esto según la autora generaría un proceso *desidentificatorio*.

Duschatzky y Corea (2002) exponen:

El choreo es uno de los códigos de sociabilización en los escenarios que frecuentan los jóvenes, estos chicos nacen y crecen en un territorio donde la práctica del robo participa de las estrategias de reproducción de la vida cotidiana. Se roba para comer, vender, satisfacer el inmediatismo del consumo (p. 46).

El choreo, constituye un universo de opciones, tales como el baile, la escuela, la pelea, los vínculos con los padres, entre otros. Sin una perspectiva de futuro que oriente, proyectado en algún ideal del Yo, en la vida de los jóvenes aparecen estas posibilidades u opciones de robar, para satisfacer necesidades inmediatas. La vulnerabilidad psicosocial en la que la existencia

de los jóvenes transcurre imposibilitan la construcción de un proyecto emancipador, un proyecto de vida, deviniendo en procesos *desidentificatorios*.

Reflexiones Finales:

Ante estas situaciones extremas de abandono, vulnerabilidad, exclusión de la que son víctimas los adolescentes surgen para los psicólogos y psicólogas interrogantes que interpelan sus posibles prácticas: ¿Cómo acompañarlos en el proceso de construcción de un proyecto de vida? ¿Cómo suministrar los recursos necesarios para concretarlo?

Hemos visto en los desarrollos anteriores cómo los distintos autores relacionan la constitución psíquica con las condiciones de crianza, de una historia singular por un lado, y por otro, las lógicas que operan en la construcción de la subjetividad, ligadas a lo social y a las condiciones de vida. Desde el punto de vista del psicoanálisis se hace especial hincapié en los procesos tempranos. Sociólogos y filósofos dan cuenta de las marcas que se inscriben en los sujetos no sólo por el tiempo y la cultura que les toca compartir, sino también por los diferentes lugares sociales que ocupan en la trama social. Por esta razón, tanto la violencia en los sujetos y grupos sociales, como los procesos de desubjetivación abrevan en las tramas en las que se despliega la vida de los mismos. En la desafiliación, en las condiciones hostiles de crianza, en la desesperanza, en las referencias a figuras que ofrecen el delito como vía de satisfacción, no hay opciones de inclusión creativa y productiva en la sociedad cuando los derechos humanos son arrasados.

Un niño o un adolescente que vive en situación de marginalidad, sin el amparo y suministro afectivo necesario, puede incorporar a la violencia como un modo de sociabilización, siendo esto naturalizado en sus vidas. La marginalidad potencia la desafiliación relacional, y es más grave cuando en la infancia no han operado los soportes necesarios, obstaculizando los trabajos psíquicos de la adolescencia.

¿Cuáles prácticas podrían proponerse desde la especificidad de la psicología para posibilitar alternativas de otros destinos para estos jóvenes?

Si bien no hay fórmulas, si hay algunas experiencias que sirven de referencia para pensar modos de intervenir en ese sentido.

Ulloa (1991) en su proyecto "*Barriletes en Bandada*", ofrece un campo de asistencia e investigación psicosocial dedicado a pensar modos diversos de abordar la tarea con niños en situación de vulnerabilidad social. Sostiene que las situaciones de desamparo y desafiliación constantes a las que son expuestos los niños, y la carencia de una propia novela, generan un sentimiento de vacío, de pérdida del sentido de la vida. Manifiesta:

Al comienzo la idea de un futuro diferente para los niños era una utopía. Con el desarrollo del trabajo, esa utopía comenzó a tener una tónica: los chicos *en grupo* a través de *sus juegos* expresan su desolación e imaginan una realidad distinta. Se trabaja con el dispositivo lúdico y grupal, como herramientas indispensables en la construcción de subjetividad y "masa crítica" (p. 205) (Las comillas son del autor).

Se busca brindar seguridad a los niños, transformar el proyecto de muerte instalado en el sujeto por el despojo de los recursos elementales (alimento, abrigo, buen trato, intimidad) en la construcción de un proyecto de vida. Ulloa plantea que sólo es posible en la medida en que se establece un vínculo basado en la ternura y el cuidado, que favorezca el pensamiento crítico. Y que se despliegue un proyecto propio: "La actividad elegida como futuro cobra el valor de lo que se conoce como un proyecto identificador, esos que desde mañana tiñen de sentido los esfuerzos de hoy" (p. 200). Explicita:

Pretendemos habilitar un espacio en el cual pueda empezar tener sentido el hoy. Consideramos que la manera de hacerlo es plantearlo como un "mientras tanto... mientras tanto soy escuchado, soy mirado, soy tratado con ternura, valorado... voy conociéndome, descubriendo mis habilidades y mis fuerzas... voy haciéndome autónomo, dueño de mis crecimientos valorando la vida". Así se podrá imaginar un

futuro posible, porque en el presente existe algún sentido (p. 212-213) (Las comillas son del autor).

El autor alude al *mientras tanto*, necesario y explícito, consistiendo en el esfuerzo por construir un devenir: “El devenir, como abarcativo de temporalidad humana, se construye desde la presencia de un presente que permite resignificar pasado e ir bosquejando mañanas” (p. 202). Para Ulloa (1991) esta fuerte presencia de un presente es un antídoto contra un pasado que se actualiza continuamente, malogrando futuro. Este presente es un acontecimiento que marca un antes y un después; un corte desde el cual se puede superar el carácter traumático de ese pasado y bosquejar un futuro.

Ulloa (2012) afirma que la ternura que se ofrece a la invalidez infantil, el suministro y la garantía de autonomía gradual que le es donada, hace posible no solo superar la invalidez sino también organizar un sujeto esperanzadamente deseante, al tiempo que sienta las bases constitutivas de lo ético.

Para este autor, la conciencia del sujeto de ser la causa del sufrimiento del otro, se desarrolla gracias a la ternura parental que la instaura. Sostiene que la ternura parental actúa durante el tiempo de invalidez infantil, siendo éste un período de dependencia del niño con respecto a sus padres. La ternura es una instancia típicamente humana, una instancia ética, y deviene gracias a la inicial renuncia al apoderamiento del infantil sujeto. La mediación de la ternura crea en el niño el sentimiento confiado de que el mundo consiente en satisfacer sus demandas. Afirma:

Es a partir de este sentimiento de confianza que en el sujeto se estructurará una relación de contrariedad con lo que daña. Relación de contrariedad quiere significar que lo que daña es percibido como algo externo a sí mismo. Este proceso será fundamental para el desarrollo paulatino de la conciencia acerca de que él mismo puede ser causa externa de sufrimiento para el otro (p. 122-123).

Retomando las preguntas planteadas anteriormente acerca del quehacer de los psicólogos ante estas situaciones, es necesario que en sus intervenciones ofrezcan la posibilidad de reencausar los proyectos de muerte instalados en éstos sujetos, hacia *proyectos de vida*, interviniendo en el *mientras tanto*, al decir de Ulloa, actuando en base a la ternura y a los cuidados, atendiendo a las necesidades básicas de afecto y cariño que han quedado sin suministro a lo largo de la vida.

Nos encontramos con jóvenes que atraviesan situaciones de vulnerabilidad social, donde el proyecto de vida se encuentra ligado a la inmediatez obturando el camino hacia la construcción de un proyecto futuro. Las condiciones actuales neoliberales de expulsión social, no cooperan para que éstos jóvenes vislumbren un futuro diferente al de la inmediatez de sus vidas.

Se vuelven imprescindibles psicólogos, psicólogas y profesionales de la salud en general que tengan en cuenta estas vicisitudes para pensar sus intervenciones.

Referencias bibliográficas:

Aberastury, A. Knobel, M. (1984). *La adolescencia normal: Un enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.

Ariés, P. (1973). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. París: Taurus.

Bauman, Z. (2004). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bleichmar, S. (2007). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía.

Castel, R. (1991). La dinámica de los procesos de marginalización: de la vulnerabilidad a la exclusión. En Acevedo, M. J., y Volnovich, J. C. (Ed.), *El espacio institucional* (pp. 37-53). Buenos Aires: Lugar.

Castoriadis. C. (1993). *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Tusquets.

Castoriadis- Aulagnier, P. (2007). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.

Dolto, F. (1990). *La causa de los adolescentes*. Barcelona: Seix Barral.

Duschatzky, S. Corea, C. (2002). *Chicos en banda*. Buenos Aires: Paidós.

Fattore, N. (2007). Apuntes sobre la forma escolar "tradicional" y sus desplazamientos. En Baquero, R. Diker, G. Frigerio, G. (Ed), *Las formas de lo escolar* (pp. 13-31). Buenos Aires: Del Estante.

Fernández, A. López, M. (2005). *Vulnerabilización de los jóvenes en Argentina*. En: *Revista Nómadas* n° 23. 132-139. Bogotá: Universidad Central.

Freud, S. (2011). *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras (1901-1905)*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2012). *El yo y el ello y otras obras (1923-1925) XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2014). *El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras (1927-131) XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.

Firpo, S. (2014). *La construcción subjetiva y social de los adolescentes*. Buenos Aires: Letra Viva.

Levi. G, Schmitt. J. C. (1996). "*Historia de los jóvenes I. De la antigüedad a la edad moderna*". *Introducción*. Madrid: Taurus pensamiento.

Rascován, S. (2013). Entre adolescentes, jóvenes y adultos. En Korinfeld, D. Levy, D. Rascovan, S. (Ed), *Entre adolescentes y adultos en la escuela*. Buenos Aires: Paidós.

Rodolfo, R. (1992). *Del significante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.

Sibilia, P. (2005). *El hombre posorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sternbach, S. (2006). Adolescencias: tiempo y cuerpo en la cultura actual. En Rother Hornstein, M, C. (Ed.), *Adolescencias: Trayectorias Turbulentas* (pp. 51-79). Buenos Aires: Paidós.

Ulloa, F. (1991). *Salud ele-Mental. Con toda la mar detrás*. Buenos Aires: Zorzal.

Ulloa, F. (2012). *Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica*. Buenos Aires: Zorzal.

Winnicott, D. (1993). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa